

CAPITULO II.

Se encuentra Gil Blas con su condiscipulo Celestino en la calle del Cármen de Madrid.—Relacion que este le hace de su vida y milagros en la guerra de la independencia.—Descripcion que hace Gil Blas de las bellas cualidades de los palaciegos, ó de los que frecuentan el palacio.

Pasaba cierto dia por la Puerta del Sol el señor Santillana y observó que á su entrada en la calle del Cármen seguia sus pasos y sus huellas cierto sugeto que se le aproximaba demasiado. Resolvió entonces pararse en la acera, y le obligó con esto á pasar delante de él, pero no lo pudo conseguir por quanto el otro se detuvo á mirarle cara á cara y frente á frente.—¿Qué se le ofrece á Vd. caballero? le dijo Gil Blas.—O yo estoy soñando le dijo éste, ó es Vd. aquel Gil Blas que yo he conocido en Sa-

lamanca.—Allí he estudiado, respondió Santillana.—Hombre! ¿Y no conoces á tu condiscípulo Celestino el estudiante de Astorga?—Jesus! Celestino. ¿Y cómo te habia de conocer si te has transformado tan estraordinariamente? Ya se ve; se han pasado ya mas de quince años! Pero estamos mal en la calle, y nos entraremos en un café á darnos un abrazo.

Efectivamente lo hicieron así, y renovaron su antigua amistad los dos condiscípulos, contándose el uno al otro sus respectivas aventuras. Como las de Gil Blas ya las sabe el lector, no refiere la historia sino las de su condiscípulo que hizo á su compañero una exacta relacion de toda su vida y milagros desde que Gil Blas salió de su casa cuando emprendió su viaje para Asturias por las Babias y puerto de Somiedo. Comenzó pues su historia Celestino relatándola á su compañero de la manera siguiente.

Ya recordarás, amigo mio, que cuando saliste de mi casa de Astorga me dijiste que dejabas los estudios para emprender otra carrera, y me añadiste, que esta era la de conocer el mundo, y los hombres. Ya veo que se te han presentado ocasiones bastantes para estudiar lo que no se enseña en aquella nuestra universidad, y celebro infinito que tu estrella

te haya conducido hasta colocarte al lado del rey. Pues amigo, mi suerte ha sido muy diferente de la tuya. Yo parto para Salamanca, pero á mi llegada á aquella universidad adverte que ni los maestros, ni los discípulos trataban los unos de enseñar, ni los otros de aprender. Las letras se habian pasado á las armas, y el que no estaba armado con un fusil era mirado con desprecio por todos los demas. Me ví pues en la precision de abandonar mis bayetas, y adornarme con un uniforme, y aprender á llevar armas al hombro. Dí parte á mis padres de esta transformacion para que no me faltasen mis asistencias, pero á correo visto recibí contestacion de mi padre diciéndome que tambien él llevaba su fusil.

Si en aquel entonces, Gil Blas, te hubieses hallado en Salamanca, no hubieras conocido á ninguno de sus habitantes. Desde el mas rico á mas pobre, desde el mas niño al mas viejo, en una palabra, hombres y mujeres todos juntos gritaban á una voz: *Viva Fernando VII. Muera Napoleon*. Era tal la premura de formar batallones y regimientos que en muy pocos dias se organizó un ejército con sus correspondientes jefes. A mí me tocó la suerte de una charretera habiéndome nombrado teniente de una compañía. Como no habia aprendido aun el ejer-

cicio, ni á decir: *media vuelta sobre la derecha*, no sabia como dirigir á mis subalternos, y confiaba en la maestría de mi capitan; pero amigo mi capitan se hallaba en el mismo caso que yo. Tuvimos por fin la fortuna de que uno de los cabos de nuestra compañía habia servido al rey cinco años, y encargamos á éste el desempeño de nuestra obligacion en la enseñanza del ejercicio á nuestros soldados. Por las noches nos daba la leccion á nosotros, y no tardamos muchos dias en saber tanto como nuestro maestro.

Cuando salimos por primera vez á mandar en público nuestra compañía, ya decian en Salamanca que nos habian hecho una injusticia, en no habernos dado el grado de coroneles. Como las pagas estaban muy corrientes, porque amigo, yo no sé de donde salia tanto dinero como se manejaba en aquellos dias, todos nos hallábamos muy contentos y divertidos sin acordarnos de los libros. Todos nuestros cuidados se dirigian á la limpieza del uniforme, la espada y el fusil. Compara tu esta vida con la de ponernos el manteo para ir á dar cuatro paseos por los claustros de la universidad, y en seguida á la cátedra, y luego á la leccion, y vuelta á la posada, y de allí á la conferencia. Todo esto iba muy bien mientras que no salimos

á campaña, pero amigo, aquello de llevarnos al frente del enemigo, para ver como se repartian las balas, no nos agradaba tanto á los estudiantes, como pasearnos por los claustros de nuestra universidad. Sin embargo, el hombre se hace á todo, y nos hemos ido acostumbrando á matarnos unos á otros en regla, y por este arte que nos enseña á ganar mas fama aquel que mata mas. Yo por mi parte te aseguro que habré despachado bastantes al otro mundo, y he tenido la suerte de que no me despachasen á mí entre tantos de mis compañeros como han quedado tendidos en el campo de batalla.

Cuando ganábamos una de estas, casi nos alegrábamos con el número de nuestros muertos, porque sin esto era como imposible la victoria; pero cuando esta quedaba por el enemigo solo sentiamos el no haber sabido matarles mas á ellos que ellos á nosotros. Ello era de modo, Gil Blas, que ningun avaro tiene mas codicia por el oro, que la que nosotros teniamos por la sangre de nuestros semejantes. El ejército francés ansiaba por no dejar á ningun español con vida, y nosotros suspirábamos por no dejar con vida á ningun francés.

Mirándolo bien casi era una diversion, porque nosotros deciamos viva Fernando VII, y ellos empeñados en que habia de vivir Napoleon.

Los dos vivían y bebían perfectamente sin que nosotros les mandásemos vivir ni beber; pero los que quedaban tendidos en el campo para pasto de los buitres ya no podían comer ni beber más. Si Napoleón sabía que no habían muerto sino seis mil franceses con tal que muriesen ocho mil españoles, tomaba dos polvos más de rapé. Si decían á Fernando que no habían muerto sino cuatro mil españoles con tal que muriesen seis mil franceses, se reía allá en Valencey, según me dijeron.

Lo cierto es, amigo mío, que al cabo de seis años que nos hemos estado matando unos á otros, puede ser que no hayan muerto cuatrocientos mil españoles entre militares, paisanos, mujeres y niños, porque de todo hubo en esta guerra de la independencia. Ahora por lo que toca á franceses y francesas, (porque también había de todo en el ejército enemigo) precisamente habrán muerto más, porque la victoria ha quedado por nosotros, y ya te he dicho que esta es siempre del mejor matador. Ello ha sido de modo que, después que se concluyó esta danza, nos restituyeron á nuestro Fernando á quien tenía Napoleón como cautivo ó prisionero; y á la verdad que no nos ha parecido caro el rescate, porque las trazas eran para costarnos mucho más. Lo que si han sen-

tido algunos de los que mandaban y gobernaban en su ausencia, fue el no haberlo cambiado por otro, proclamando á su hermana de Portugal, como quiso intentarse, y sobre lo cual hubo sus debates. Pudiera suceder que con esta no tuvieran que espatriarse los principales mandarines, como les fue preciso hacerlo á la llegada de Fernando á Valencia, porque la Carlota se hubiera contentado con ser reina constitucional, y tomaría lo que la diesen, porque al que le dan no escoje; pero Fernando dijo, que aquellos señores no le daban, sino que le quitaban, y entonces fue cuando les quitaron, ó ellos se quitaron de en medio.

En Salamanca se murmuró mucho sobre esto. Los unos decían que Fernando había obrado como debía, volviendo á ser lo que antes era, es decir, á ser rey tan absoluto como lo habían sido su padre y abuelos. Que los señores mandarines, en ausencia suya, no tenían facultades para hacerle un rey de palo, cuando antes era un rey deoros. Que la nación no quería ser republicana como la intentaban hacer por la Constitución del año de 12, inventada por aquellos señores, para gobernar ellos solos á doce millones de habitantes. Que si resucitara Carlos III ó Felipe II los hubieran enviado á todos ellos á Ceuta ó á Filipi-

nas en destierro perpétuo, cuando aquí no se les hubiera sentenciado de otra manera por haber mudado la forma del gobierno español, en otra que nunca habian conocido los españoles mas remotos en la antigüedad.

Otros afirmaban y sostenian que Fernando debia contentarse con lo que le diesen. Que prisionero en Valencey nada tenia, y que si habia vuelto á España era por las buenas disposiciones que aquellos señores habian tomado en la direccion del arte de la guerra. Que Fernando se habia ido voluntariamente y contra el voto general de la nacion á echarse en los brazos ó en las garras del enemigo. Que la nacion habia quedado entregada á sí misma. Que por consecuencia era dueña de establecer el gobierno que mejor le acomodase, y puesto que habia decretado aquella forma de gobierno constitucional, aquel era el que Fernando debia aceptar, y dar las debidas gracias.

En este punto parece que no fundaban mal los que así argüian, si efectivamente fuese la nacion la que hubiese hecho esta extraordinaria mudanza; pero el hecho era que no se habia pedido el voto á doce millones de españoles para un trastorno como aquel, y solamente una ó dos centenas de habitantes se habian abrogado las facultades de todos los pueblos de

la España. Y como Fernando conoció ó le hicieron conocer en su origen la nulidad de aquella transformacion, no halló la menor dificultad en deshacerlo todo por su decreto del 4 de mayo dado en Valencia en el año de 14.

Lo que desde este año hasta el de 20, y del 20 al 23 ha sucedido, lo debes saber, Gil Blas, mejor que yo, y pasaré por lo mismo á referirte lo perteneciente á mi persona. Concluida la guerra yo me retire á Salamanca, porque la casa de mis padres quedó reducida á la miseria por los robos y saqueos de los franceses, y tambien por los *nuestrós* como se llamaban entonces. Como yo de estudiante cortejaba, como tú, á tres ó cuatro á un tiempo, hice mi cuenta para saber cual de mis queridas me convenia mas. Una de estas habia perdido á sus padres con los sucesos y tropelías de tantas entradas y salidas de españoles, franceses, ingleses y demas chusma del general trastorno. Era hija de unos comerciantes de paños, habia quedado heredera de un capitalito regular, y conservaba abierta su tienda con dos mancebos. Yo tenia mi paguita de capitán, y usaba mi uniforme que siempre es algo. Sin andar con rodeos ni cumplimientos á la segunda visita la dije: chica, me quieres? Tú necesitas un marido que siga el comercio y el giro de tu casa. Yo tambien soy hijo de comer-

ciantes y algo entiendo de ello. Con que nos casamos ó lo dejamos. No hubo mas palabras, y á los quince días ya dormimos juntos. En menos de siete años me regaló tres chiquillos y dos chiquillas, que ofrezco á tu disposicion. En la próxima semana me vuelvo á Salamanca con el dinero que he cobrado de unas letras giradas contra otros comerciantes de aquí. Si necesitas dinero, Gil Blas, habla claro, porque teniéndolo yo lo tienes tú, pero ya conozco que eres demasiado delicado en este punto, porque no has usado de la carta orden que te hemos dado para Oviedo.

Enterado Gil Blas de la relacion de su amigo Celestino, le preguntó por su hermana, rogándole le dijese si se habia casado. Amigo no, le dijo este. La pobrecita está con mis padres á quienes socorro desde Salamanca de la manera que puedo. Nada les falta, pero el capital y el comercio de mi casa acabó con aquella maldita guerra, y como no tienen dote que dar á su hija, está todavía soltera á los 27 años. Y dime, Celestino, ¿vive todavía mi tía doña Serafina con quien estuve doce años en Salamanca? Sí amigo, pero muy viejecita, aunque no pierde su misa todos los días. Cuando la diga que te he visto, y que te hallas al lado del rey, la doy cuatro años mas de vida. No te irás sin llevarla

una carta mia, porque la quiero mas que mis tios de la casa del Pino. Ella me envió para con ellos y con razon, porque averiguó mis correrias nocturnas por Salamanca, pero nada les dijo sobre esto, y reconozco que ha sido siempre una buena mujer. Siento Celestino, no poder estar por hoy mas tiempo contigo, porque debo estar á estas horas en palacio: pero mañana no me faltes de este sitio á la misma hora, porque no faltaré yo á la cita. Ya hablaremos y conferenciaremos sobre otros puntos, puesto que nos veremos aquí todos los días mientras estés en la corte.

Efectivamente, al siguiente día se volvieron á reunir en el mismo sitio los dos amigos, y habiéndole ponderado Celestino á Gil Blas su buena suerte por hallarse al lado del rey, le contestó: Amigo, puedes creermme que es mucho mas envidiable tu suerte, que la mia. No conoces la corte, y por eso te disculpo. Ya habrás conocido, por lo que á mí me ha pasado en Madrid, que en esta capital se encierra casi lo mas malo de cuanto puede haber en España. Pues no dudes, Celestino, que lo peor de todo está en palacio. Allí no puede vivir ningun hombre de bien que tenga algunas virtudes. Si por casualidad entra allí alguno de estos, es hombre perdido sin remedio. Todos los demas le hacen

una guerra sorda hasta sacarlo de palacio, y sino salió de allí para un destierro, ha sido feliz. El que ha de estar seguro en el palacio del rey debe haber estudiado el arte de adular con tal discrecion, que ha de hacer creer á los demas todo lo que el diga, y quedarse él riendo de su credulidad. Ya ves que para hacer este papel se necesita destreza y mucha malignidad. Yo he visto algunos en presencia del rey hablarle con tal sagacidad, que no parecia sino que quisieran tenerle dentro de su corazon, y al salir de su real presencia murmurar de él con el mayor escándalo. Nunca se lo he dicho á S. M. porque soy incapaz de perder á un hombre; pero otros no han escrupulizado en esto, y lo peor de todo es que, para separar de su lado á alguno que merecia la real confianza, han inventado lo que no habia, y consiguieron con la calumnia el destierro de algunos. Esto mismo estoy esperando que me suceda á mí cuando mas confiado esté, como le ha acontecido al señor Campo Sagrado. La víspera de su caída habia recibido por la noche un mazo de ricos cigarros de regalo de la mano de S. M.; y al siguiente dia ya estaba otro en su lugar sin saberlo él, hasta que se lo advirtió el portero de la secretaría cuando iba á su despacho. Considera tú que destreza y que maligna sagacidad

no habrá sido precisa, para obligar al rey á separar de su lado á un ministro de su mayor confianza por el espacio de tres años.

Tambien debe haber estudiado el que ha de ser palaciego el arte de la intriga, no de una intriga comun y ordinaria que se usa por adonde quiera, sino una intriga sutil, delicada y muy fina, con la cual se pueda alcanzar todo lo que se quiera. Con ella se han de dar y quitar los empleos, removiendo á los unos, colocando á los otros, y haciéndose el milagro por segundas, terceras y cuartas personas, sin que se pueda averiguar como ni por donde se colocó á un pícaro en el lugar de un hombre de bien. El verdadero palaciego debe ser ademas muy vano y presumido, y tan lleno de amor propio, que se crea superior á casi todos los demas; pero si ve á alguno del cual pueda sacar algun fruto, en tal caso se ha de transformar en el hombre mas humilde y el mas bajo de todos los hombres.

El verdadero palaciego no debe tener límites en su ambicion. Aunque nada haya estudiado, ni seguido carrera, alguna debe considerarse capaz de desempeñar todos los destinos, porque esto es muy fácil dando una parte de su sueldo á quien los desempeñe por él. Si en vez de un empleo puede lograr para sí tres ó cuatro

á un tiempo, no debe desechar ninguno, porque nada mas hay que hacer, sino tres ó cuatro particiones de tres ó cuatro sueldos, quedándose siempre él con la mayor parte de cada uno.

Si teniendo entrada con el rey le recibe S. M. con ceño ó condesagrado, no debe incomodarse por ello, como lo han hecho algunos tontos, á quienes una mirada sería del soberano les ha costado una enfermedad. En una palabra, el verdadero palaciego, es decir, cualquiera de estos que entran y salen de palacio con frecuencia, no debe tener pudor, decoro, vergüenza ni la menor delicadeza, sino el mayor orgullo posible, y la mas criminal bajeza, cuando esta sea necesaria.

Tampoco debe escrupulizar en hacerse pariente de uno de los criados de cocina, si ve que este puede tener ocasion de hablar al rey para sus pretensiones. Si el sota-cocinero no le reconoce por pariente suyo, entonces no debe detenerse en ofrecerle una ó dos talegas, segun el sueldo, y demas rendimientos del empleo. Si aun con esto el cocinero no se fia de él, porque no es lo mismo ofrecer que dar, y porque muchos no han dado aunque hayan ofrecido, en este apurado caso debe discurrir el medio de engañar á un amigo que le preste

dinero para hacer un depósito seguro y fiel.

Tampoco puede ser palaciego el que no esté poseido de una envidia que le roa el corazon, de modo que no pueda ver ni sufrir á ninguno que sea superior á él. Y si no sabe despreciar á los que sean menos, no debe entrar en palacio. Rodeado el rey de esta buena familia ¿quién se puede contar seguro en su casa? ¿Y cómo me puedo contar yo viéndome estas gentes todos los dias con S. M., y conociendo que yo le merezco la mayor confianza? ¡Si vieras, Celestino, como me cortejan y adulan los principales títulos de Castilla! Si vieras que reverencias me hacen los generales, mariscales, y hasta los obispos! Pues has de saber que todos estos, y otros tan buenos como estos han procurado ya desacreditarme con el rey, pero no han podido conseguir que en manera alguna desconfie de mí.

La mayor saña de esta buena gente contra mi persona consiste en que nunca han podido lograr nada de mí con las ofertas que me han hecho ni que yo pudiese admitir ninguno de sus regalos. ¡Interesarme yo con S. M. por esta familia para el logro de sus pretensiones! ¡Y hacerlo yo por el vil interés! Sin hablar al rey, bien podria lograr todo lo que quisiera con una simple esquila mia á cualquiera de los minis-

tros, porque tambien estos me obsequian, y casi me tiemblan. Y á la verdad yo sé por qué. Precisamente me creen tan malo como ellos. Lo cierto es que no se consideran seguros en sus sillas sino me tienen de su parte. No soy codicioso. Celestino; pero si aspirase á las riquezas, mayorazgos podria fundar en el puesto que hoy ocupo. El rey lo sabe, y por eso me aprecia. Yo no sé por donde averigua él todo lo que pasa. No hay secreto en la corte que no llegue á sus oidos. Hasta la vida privada de las principales familias conoce. Yo solamente me ocupo en averiguar si proyectan alguna otra conspiracion contra su persona. En esto si que no me descuido, pero en lo demas no me entrometo.

Con esa conducta, dijo Celestino á Gil Blas, seguro puedes estar de la confianza del soberano. Si hubieras admitido los regalos que te ofrecieron, tal vez los mismos donatarios lo hubieran manifestado al rey, y entonces era segura tu caida. Aunque les hubieras servido veinte veces si no les servias tambien á la veinte y una, como si nada hubieras hecho por ellos. El pretendiente no conoce límites en sus pretensiones si se considera con algun favor, y no siempre se puede lograr todo lo que se quiere. Pero yo te aconsejo, Gil Blas, que no seas tan

desprendido, y procures sacar algun fruto para tí mientras tienes en tu mano la ocasion. Si llegas á verte desechado de palacio, te has de arrepentir de haber sido tan delicado.

¿Y entonces me aconsejas Celestino, que yo trafique con los empleos, y los venda al que mas diere, como lo hacen algunos? En este caso sí, que seria segura mi caida, y tal mi prision en un castillo. Con que ya puedes conocer cual es mi situacion en palacio. Si obro bien no estoy seguro, y si obro mal, lo estoy menos aun. Con que ahora comprenderás lo que te dije al principio, á saber, que es mas envidiable tu suerte que la mia. El que sabe proporcionarse como tú, una subsistencia independiente, debe considerarse por el hombre mas dichoso, y sino se cree tal, es un ignorante. Yo no pienso mudar de conducta, ni proceder de otra manera. Si el rey me separase de su lado, no espero lo haga sin dejarme con que vivir; y si lo hiciere, me volveré al mundo en que he vivido antes, alternando con la dicha y con la desgracia. Esta es la suerte de los mas felices sobre la tierra, y yo no puedo aspirar á ser diferente de los demas hombres. Créeme, Celestino. Este mundo no es mas que una farsa en la cual cada uno hace su papel. Los hombres creen que el que desempeña el papel mas principal es el mas dichoso, y no cono-

cen que tal vez un miserable pastor es mas dichoso en su cabaña. Póngase por ejemplo á nuestro soberano. En el año de 8 proclamado y adorado por rey de todos los españoles. En el mismo año prisionero y cautivo por un conquistador. En el año de 14 restituido á su trono monárquico puro. En el año de 20 abatido, provocado y hecho un rey de palo. En el año de 23 vuelto á ser rey como todos sus antecesores. Si esto no es una farsa, yo no sé que nombre darle. Pero dejemos esto por hoy, y mañana te traeré la carta para mi tia por si te marchas para Salamanca. No me faltes de aquí en la misma hora, y hasta entonces

CAPITULO III.

Se despide Celestino de Gil Blas, y le da este una carta para su tia de Salamanca.—Curiosas sesiones entre los dos antes de separarse.—Explica Gil Blas las otras bellas cualidades de los palaciegos.—Refiere tambien lo que pasa con los reyes y sus ministros.—Comprueba con la historia la imperfeccion de todos los gobiernos.

A la misma hora, y en el mismo sitio se reunieron al siguiente dia los dos antiguos amigos y condiscípulos. Celestino fue el primero que tomó la palabra y dijo á Gil Blas:—Amigo mio, hoy he recibido carta de mi esposa, y por ella estoy en la precision de marcharme mañana sin falta.—Segun eso he tenido acierto, contestó Santillana en traer la carta para mí señora tia que espero le darás tú mismo enterándola de la historia de mi vida segun te la he referido yo, pues ya conoces que es demasiado larga para una carta. Esta solo se reduce á darla parte de